



Lo que imagina el querer: tiempo y resentimiento en Nietzsche

What the Will Imagines. Time and Resentment in Nietzsche

Rodrigo Castro Orellana*
rodrigocastro@filos.ucm.es

DOI: 10.5281/zenodo.34271

Recibido: 18/11/2015

Aceptado: 26/11/2015

Resumen: El artículo estudia la relación que podría establecerse, al interior del pensamiento de Nietzsche, entre una específica experiencia del tiempo y la génesis del resentimiento contra la vida. Este análisis toma en consideración, como punto de partida, el problema del ser histórico que se expone en la primera sección de la *Segunda Consideración Intempestiva*. Se trataría de la idea de un tiempo que se cierra frente al poder de la voluntad, un argumento que también adquiere una importancia decisiva en el pasaje "De la Redención", de *Así Habló Zaratustra*. Nietzsche somete a crítica esta representación del tiempo lineal que constituiría el máximo obstáculo para una voluntad que persigue su intensificación y apuesta por un pensamiento reconciliado con las condiciones que pone la vida. Esto último supone asumir que la idea del tiempo perecedero puede ser una ficción más entre otras y afirmar el Eterno Retorno como una experiencia del tiempo que no debilita la voluntad y que supera el deseo del hombre de vengarse de su propia finitud.

Palabras clave: tiempo; resentimiento; voluntad de poder; nihilismo; eterno retorno.

Abstract: The article explores the relationship that could be established, to the inside of the Nietzsche's thought, between a specific experience of time and the genesis of the resentment against life. This analysis considers as a starting point, the problem of the historical being described in the first section of the *Second Untimely Meditation*. That would be the idea of a time that closes against the power of the will, an argument that also acquires a decisive importance in the passage "On redemption", of *Thus spoke Zarathustra*. Nietzsche criticises this representation of linear time that would be the maximum obstacle for a will which pursues its intensification and commits to a thought that is reconciled with the conditions as life. This implies assuming that the idea of perishable time can be one fiction more, among others, and affirm the Eternal Return as an experience of time that does not weaken the will and beyond the revenge desire of man's on his own finitude.

Keywords: time; resentment; will to power; nihilism; eternal return.

* Chileno-Español, Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor del Departamento de Historia de la Filosofía de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de: *Foucault y el cuidado de la libertad* (LOM, 2008) y editor de: *Poshegemonía. El final de una paradigma de la filosofía política en América Latina* (Biblioteca Nueva, 2015).

La *Segunda Consideración Intempestiva*, obra dedicada al problema de la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida, se inicia con una reflexión de Nietzsche sobre la fascinación bucólica que el hombre experimentaría frente a la existencia no-histórica del animal. El ser humano, en apariencia tan orgulloso de su superioridad con respecto a la bestia, no podría realmente evitar el apreciar con cierta melancolía la conducta despreocupada del animal, que corre y salta de un lado a otro con total indiferencia a los hechos del ayer o a lo que pueda deparar el mañana. Algo muy similar ocurriría en el caso de la infancia, cuyo recuerdo determina en nosotros la nostalgia de una edad en que vivenciamos la intensidad del puro presente. Nada de planes ni de proyectos, nada de recuerdos que nos afligen y que se convierten en obstáculos.

El animal y el niño serían la expresión de una desnuda voluntad de vivir que descansa sobre una específica economía del instante que tiene uno de sus fundamentos en el olvido. La imagen del niño, de hecho, reaparecerá posteriormente en el célebre texto de *Así Hablo Zaratustra*: “Las tres transformaciones del espíritu”, como símbolo de una forma espiritual superior que se caracteriza por la inocencia y el olvido. El león que libra su batalla contra los valores instituidos, tendría que convertirse –según el discurso de Zaratustra– en un niño, porque este “un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento un santo decir sí”¹.

Ciertamente la referencia al niño que Nietzsche realiza en la *Segunda Intempestiva* no involucra un sentido similar a la que se formula en el Zaratustra. En el primer caso, se trata de la ingenua y pasiva felicidad del paraíso perdido, al cual nunca podremos regresar, mientras que en el segundo texto el niño representa un espíritu activo y visionario, capaz de crear nuevos valores. Sin embargo, ambas referencias contienen una idea acerca de la experiencia que el ser humano realiza del tiempo. Un tiempo liberado de cualquier preocupación y detenido en la simple reiteración de lo natural, o un tiempo plástico de creación y afirmación constantes. En tal sentido, quisiera formular la hipótesis de que la primera mención prefigura de algún modo la segunda. Es decir, que en la consideración intempestiva sobre la historia, se esboza y prepara una idea acerca del tiempo que alcanzará su completo desarrollo y será decisiva en el Nietzsche más maduro.

¹ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*. Trad. Sánchez Pascual. Alianza, Madrid, 2003, (I, De las tres transformaciones), p. 55.

Detengámonos, entonces, un momento en la primera obra, para analizar la fractura que se produciría en esa felicidad del “simplemente ser”. El juego inconsciente del niño –según Nietzsche– resulta efímero y transitorio. Será necesariamente perturbado y “en ese momento aprenderá la palabra «fue», esa máxima que aparece al hombre para recordarle, por medio de la lucha, el sufrimiento y el tedio, lo que es en el fondo su existencia: un *imperfectum* que nunca llega a realizarse de modo completo”². El sujeto, por tanto, que aspira a la felicidad del instante se encuentra finalmente sometido a la densidad del recuerdo como una fuerza que lo condiciona y lo doblega. Pero también se halla subordinado a la indeterminación del futuro, a todo aquello que aún no es y que quizás jamás pueda llegar a ser.

Se trataría de la experiencia del tiempo como un desenvolvimiento permanente del instante hacia la caducidad de lo que “ya ha sido”, de lo que no puede ser de otro modo, de lo que sencillamente “fue”, de aquello sobre lo cual no es posible ejercer un poder. Esta idea de un tiempo que se cierra frente al poder de la voluntad, del instante como una instancia que en su fugacidad revela la impotencia de la voluntad, adquiere una importancia decisiva en el discurso “De la Redención”, de la segunda parte de *Así Habló Zaratustra*. Allí se señala que la máxima tribulación de la voluntad, aquello que la convierte en un mal prisionero y un malvado espectador, se llama: “fue”. De esta forma, Nietzsche utiliza en el *Zaratustra* la misma expresión que le permitía describir el problema del ser histórico del hombre en la *Segunda Intempestiva*: la palabra “fue” [*es war*]. Pero esta vez la ruptura del estado de inocencia animal que arrastra la experiencia del “fue”, se convertirá en la herida que marca el nacimiento del espíritu de venganza.

Ciertamente, el canto “De la Redención” tiene que ser interpretado, en primer lugar, como una compleja reflexión sobre el sentido de la Voluntad de Poder. Una de las enseñanzas principales de Zaratustra ha sido que la vida es Voluntad de Poder, un querer que aspira a su propia intensificación, una fuerza que se multiplica convirtiéndose en “el libertador y el portador de alegría”³. No obstante, en este texto se afirma también que la voluntad todavía puede ser un prisionero, que el libertador permanece encadenado e impotente frente al pasado. Es decir, una representación del tiempo lineal como sucesión de

² NIETZSCHE, Friedrich. *Sobre la utilidad y el perjuicio para la vida (segunda intempestiva)*. Trad. Germán Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, (Prefacio), p. 41.

³ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 209.

acontecimientos que se arrastran necesariamente hacia una caducidad irrevocable, constituiría el máximo obstáculo para una voluntad que persigue su potenciación. El hecho de que la voluntad no pueda querer hacia atrás, la circunstancia de que se le imponga la ley de un tiempo voraz, evidencia hasta qué punto la Voluntad de Poder puede verse atrapada y limitada por un concepto del tiempo.

Nietzsche se formula, en este contexto, una pregunta muy significativa: “¿qué imagina el querer mismo para liberarse de su tribulación y burlarse de su prisión?”⁴. Esta interrogante podría recordar otra pregunta que aparece en el célebre fragmento de *La Ciencia Jovial*, cuando el loco anuncia la época de la muerte de Dios: “¿qué ritos expiatorios, qué juegos sagrados tendremos que inventar?”⁵. Estaríamos, entonces, ante el problema de la creación de fabulas. La voluntad se evidencia como una capacidad para crear ficciones en un mundo donde la apariencia no es lo contrario de un ser cualquiera ni una máscara que esconde una X desconocida, sino la vida y la acción misma⁶. Todo el trabajo crítico del pensamiento de Nietzsche ha sido un esfuerzo por mostrar a las producciones culturales de la metafísica y el cristianismo como invenciones que obedecen a la enorme capacidad humana de imaginar.

Ahora bien, la imaginación constituye una estrategia de redención, una técnica de sanación frente al dolor de la existencia. Pero al igual que toda terapia, ésta puede ser efectiva o convertirse ella misma en la causa de la enfermedad, como ocurre con el *phármakon* que el sacerdote ofrece para curar y que oculta un veneno que se incorpora en el sujeto. Nietzsche subraya este último aspecto en el discurso “De la Redención” señalando que una voluntad que se entiende a sí misma como prisionera, no puede redimirse más que de una manera necia. Esta necedad de la voluntad, por tanto, tendría que ver con la secreta rabia de que el tiempo no camine hacia atrás⁷, con una limitación aparentemente insalvable que debilita nuestro querer. En palabras de Zaratustra: “Lo que fue, fue”, esa es la piedra que nuestra voluntad no puede remover⁸.

⁴ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 210.

⁵ NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia Jovial*. Trad. G. Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, (Libro II, Frag. 125). p. 219.

⁶ NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia Jovial*, (Libro I, Frag, 54). p. 143

⁷ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención) p. 210s.

⁸ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 210.

Esta imagen de la piedra que frena el camino de una voluntad que busca su maximización, podría ponerse en relación con otro pasaje decisivo del Zarathustra en que se reproduce un simbolismo similar. En el discurso “De la visión y el enigma”, se nos relata una visión en la cual Zarathustra se ve a sí mismo caminado por el sendero de una montaña, con un enano sentado sobre sus espaldas. Este segundo personaje representa el espíritu de la pesadez que atormenta el ascenso de Zarathustra con pensamientos de plomo⁹, con ideas que impiden toda elevación y que nos conducen irremediabilmente hacia abajo. El enano habla en susurros al oído de Zarathustra, diciéndole: “Oh Zarathustra (...), ¡tú piedra de la sabiduría! Te has arrojado a ti mismo hacia arriba, mas toda piedra arrojada –¡tiene que caer! (...) lejos has lanzado la piedra, –¡mas sobre ti caerá de nuevo!”¹⁰.

Zarathustra, como la propia Voluntad de Poder, habría situado muy lejos la meta de su acción creadora. No obstante, y este sería el planteamiento del enano, toda meta parece convertirse tarde o temprano en el recuerdo opaco de algo que algún día deseamos. En las palabras del enano se registra la experiencia de un tiempo fugitivo en que todo finalmente se destruye convirtiéndose en pasado. Toda afirmación de la vida, toda labor que implica un ascenso, todo proyecto que marca un horizonte, pierde su sentido porque está condenado a caer como una piedra que se ha lanzado hacia el cielo. Por esta razón, la voluntad busca una redención ante la insoportable experiencia de la finitud, pero lo hace atravesada por el rencor y el odio hacia la vida.

La voluntad, el libertador, se convierte, entonces, en un causante de dolor mediante la predica de una doctrina de la muerte: “todo perece, por ello todo es digno de perecer”¹¹. Esto quiere decir que la imposibilidad de superar el obstáculo del tiempo efímero, explicaría la aversión de la voluntad al instante y su opción por “querer algo otro” que es lo mismo que “querer la nada”. Dado que el orden inmanente representa una realidad contingente y afectada por lo percedero, la torpe voluntad decreta su condena y construye la fábula de la trascendencia. Así nace *el espíritu de la venganza* o la lógica del resentimiento, un acto de negación de la vida que –en el poema “De la Redención”– Nietzsche relaciona con la experiencia del tiempo.

⁹ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zarathustra*, (III, De la visión y el enigma), p. 228.

¹⁰ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zarathustra*, (III, De la visión y el enigma), p. 228.

¹¹ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zarathustra*, (II, De la redención), p. 210.

Si la única ley del tiempo consiste en que este devora a sus propios hijos¹², la vida se vería reducida a una empresa inútil y carente de sentido, tal como lo expresa la doctrina de la gran tristeza en el discurso de “El Adivino” en *Así Habló Zaratustra*: “Una doctrina se difundió y junto con ella corría una fe: ¡todo está vacío, todo es idéntico, todo fue!”¹³. De este modo aparece una vez más la expresión “fue”, en esta oportunidad para caracterizar el proceso histórico del nihilismo. Las cosechas se han ennegrecido, el vino se ha transformado en veneno, los pozos se han secado y nosotros nos hemos vuelto áridos y cansados. Así describe Nietzsche el largo crepúsculo del nihilismo como un acontecimiento, pero también como una experiencia que hace el sujeto de su propia existencia como algo que no podría ser más que una constante derrota.

De acuerdo al relato, en principio, el vaticinio del adivino parece vencer y oscurecer el corazón de Zaratustra¹⁴. De hecho, ante esta fuerza disolvente del nihilismo, el personaje nietzscheano se pregunta cómo podrá salvar su luz llevándola al otro lado de la fría noche de la muerte de Dios. Esto supondría la necesidad de buscar un nuevo modo de fabular que permita conservar la luz en medio de la tristeza y proyectarla hacia mundos remotos¹⁵. Habría que superar esa necia forma de imaginar que ha desplegado nuestro querer y que determina el resentimiento contra la vida. Nietzsche expone esta alternativa con claridad: “[...] transformar todo “Fue” en un “Así lo quise” –¡sólo eso sería para mí redención!”¹⁶.

Esta misma idea se halla presente en otro pasaje del Zaratustra: “Todo “fue” es un fragmento, un enigma, un espantoso azar –hasta que la voluntad creadora añade: “¡pero yo lo quise así!”. –Hasta que la voluntad creadora añade: “¡Pero yo lo quiero así! ¡Yo lo querré así!”¹⁷. De este modo, se indica la forma en que debería hablar la Voluntad de Poder para reconciliarse con el tiempo. Se trata, en otras palabras, de articular una modalidad de pensamiento que sea fiel a las condiciones que coloca y exige la propia vida. Esto implica abandonar una representación proyectiva de la voluntad como un permanente ir hacia delante, un concepto excesivamente ajustado a una perspectiva centrada en el sujeto.

¹² Ver NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 211.

¹³ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, El adivino), p. 202.

¹⁴ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, El adivino), p. 202s.

¹⁵ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, El adivino), p. 203.

¹⁶ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 209.

¹⁷ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (II, De la redención), p. 211.

Dicha posibilidad solamente puede comenzar a entrecerse cuando asumimos que la idea del tiempo lineal y percedero puede ser una ficción más entre otras.

Nuestras categorías de bien y mal, verdad y falsedad, están atravesadas por el sueño metafísico del hombre, pero quizás también la noción misma de una voluntad creadora insertada en el tiempo. En tal sentido, habría una formulación de la idea de Voluntad de Poder que todavía estaría sometida a los resabios de la teleología cristiana, una enunciación insatisfactoria que no logra sustituir la densidad y el peso doloroso del “fue” por la alegría y vitalidad del “Así lo quise”. La Voluntad de Poder, entonces, requeriría de otro concepto del tiempo que le permita sostener efectivamente una afirmación radical del “sentido de la tierra”.

Ese concepto del tiempo que no debilita la voluntad y que supera el deseo del hombre de vengarse de su propia finitud, estaría anunciado en el pensamiento del Eterno Retorno. Del mismo modo que el águila y la serpiente son los animales que guían a Zaratustra y que se enlazan de forma amistosa¹⁸, Voluntad de Poder y Eterno Retorno constituirían dos ideas inseparables que nos indican el valor de la vida. Si la Voluntad de Poder –al margen de la idea de Eterno Retorno– se convierte en una fuerza que se disuelve en la finitud, el Eterno Retorno –sin referencia a la Voluntad de Poder– se transforma en una expresión radical del absurdo y la monotonía desquiciante de la existencia.

Esto significa que tanto la Voluntad de Poder como el Eterno Retorno pueden ser comprendidos de una manera incorrecta. La segunda posibilidad queda perfectamente ilustrada en el discurso “De la Visión y el Enigma” de *Así Hablo Zaratustra*. Allí se nos relata que el enano que atormentaba a Zaratustra con sus argumentos pesados y opresivos, se anticipa a la formulación por parte de éste de su pensamiento abismal. Salta de sus hombros y ante la pregunta por la eternidad que plantea Zaratustra, responde: “Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo”¹⁹. Se trata de una expresión insuficiente del problema que es expuesta por el enano con desprecio, ya que la definición del Eterno Retorno como un tiempo circular está asociada al asco y la repugnancia ante la vida.

La otra visión que se relata en este discurso del Zaratustra, subraya precisamente este punto. Es la imagen de un joven pastor que se ahoga porque desde su boca

¹⁸ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (Prólogo, 10), p. 48.

¹⁹ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (III, De la visión y el enigma), p. 230.

cuelga una serpiente²⁰. Zaratustra le grita que intente arrancar la cabeza de la serpiente, que la muerda. Sólo así la serpiente ya no podrá enroscarse y asfixiarle. Cuando el pastor muerde y escupe la cabeza de la serpiente, éste deja de ser un hombre y se convierte –según el texto– en “un transfigurado, iluminado, que reía”²¹. Es decir, la posibilidad misma del superhombre, de que el espíritu-león se convierta en niño, está íntimamente vinculada tanto con la circunstancia de que la voluntad pueda querer hacia atrás, como con el desafío de pensar el Eterno Retorno como una intensificación del instante. La vida sería un fluir de diferencias que retornan eternamente a ella misma.

Ciertamente, cuando uno pretende ensayar una aproximación filosófica a esta idea del Eterno Retorno de Nietzsche, se encuentra con una serie de dificultades prácticamente insalvables. El Eterno Retorno es un pensamiento enigmático, difícilmente pronunciable y que no puede convertirse en una doctrina más como cualquier otra. Zaratustra dice ser el “maestro del Eterno Retorno”, pero realmente nunca presenta una enseñanza directa de dicho concepto. Me atrevería a sugerir que el Eterno Retorno es una especie de pensamiento desplazado hacia el límite, situado en la frontera de lo impensado, en otros términos: un modo de entrar en relación con la locura. Quizás Nietzsche permitió, desde este momento, que su razón filosófica iniciara un extraño juego de seducción con el delirio.

En cualquier caso, no debemos perder de vista un asunto clave: el Eterno Retorno posee el valor de una ficción. En tal sentido, resulta muy significativa la forma en que este pensamiento superior se presenta por primera vez. Esto ocurre en el fragmento 341 de *La Ciencia Jovial*:

“Qué pasaría si un día o una noche se introdujera a hurtadillas un demonio en tu más solitaria soledad para decirte: “Esta vida, tal como la vives ahora y la has vivido, tendrás que vivirla no sólo una, sino innumerables veces más; y sin que nada nuevo acontezca, una vida en la que cada dolor y cada placer, cada pensamiento, cada suspiro, todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida habrá de volver a ti, y todo en el mismo orden y la misma sucesión –como igualmente esta araña y este claro de luna entre los árboles, e igualmente este momento, incluido yo mismo”²².

²⁰ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (III, De la visión y el enigma), p. 231-232.

²¹ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (III, De la visión y el enigma), p. 231.

²² NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia Jovial*. Trad. G. Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, (Libro IV, F. 341), p. 327.

La expresión inicial del texto: “Qué pasaría si [...]” me parece que aporta una clave importante del sentido de la idea del Eterno Retorno. Se trata de aceptar una posibilidad, de permitir que nuestro pensamiento experimente con una hipótesis. Aquí habría que tener presente el reclamo de Nietzsche en *Aurora*: “¡Tenemos el derecho a experimentar con nosotros mismos!”²³. Un derecho que demanda su ejercicio en el campo del conocimiento y que se concretiza en la disposición a realizar ensayos con la verdad. En el fragmento 51 de *La Ciencia Jovial* se describe esta apertura de la verdad en los siguientes términos: “¡Probémoslo!”[...] no quiero oír nada acerca de todas esas cosas y preguntas que no aceptan el experimento”²⁴.

De tal modo que la afirmación “Qué pasaría si [...]” deberíamos entenderla como una invitación a llevar a cabo una prueba y observar sus consecuencias. Nietzsche se siente fascinado con la idea del Eterno Retorno por los efectos que traería consigo un pensamiento semejante. Dichas derivaciones son expuestas con claridad en la segunda parte del fragmento 341, cuando se indica que este pensamiento, al apoderarse de nosotros, nos transforma y gravita sobre nuestra acción²⁵. Permitámonos imaginarlo por un momento: ¿qué ocurriría si en cada acto que acometo, en lo que elijo ser, pensar o querer, se jugara la posibilidad de que la vida que me he creado retorne eternamente?

El resultado de experimentar con el supuesto de un eterno retorno consistiría en una sacralización del instante que hiperboliza su valor y sus consecuencias a través del alcance imperecedero de las decisiones, elecciones y modos de ser que inventemos. Esto supondría que, si bien la crítica nietzscheana pretende romper con las pretensiones de una metafísica de la trascendencia, no persigue en ningún caso romper también todo lazo con la idea de eternidad. Habría que articular un nuevo tipo de eternidad, no aquella que ofrece una trascendencia (Dios, Razón, Progreso) antagónica a una supuesta caducidad del orden sensible, sino la inmortalidad de la propia inmanencia de la vida. Este es el desafío del pensamiento del Eterno Retorno: desplazar el peso de la eternidad de la negación del instante hacia su radical afirmación, alejándola de su utilización como un recurso que permite despreciar y descalificar la vida.

²³ NIETZSCHE, Friedrich. *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*. Trad. G. Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, (Libro V, Afor. 501), pp. 270-271.

²⁴ NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia Jovial*, (Libro I, Frag. 51) p. 142

²⁵ NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia Jovial*, (Libro IV, F. 341) p. 327.

La frase: “Así lo quise” o la afirmación: “¿Era esto la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!”²⁶, deben ser inscritas en este registro de una eternidad que le pertenece exclusivamente al orden inmanente. El fantasma de una inmanencia sometida a la secuencia devoradora del tiempo efímero, del “fue”, se desvanece en el contexto de una voluntad que imagina y hace ensayos con la verdad sin incurrir en la lógica del resentimiento. Aunque quizás sería más correcto señalar que el verdadero espectro que asola a la voluntad enferma es precisamente la insoportable eternidad de la inmanencia, es decir, esa fuerza perpetua, dentro de la cual la existencia y la muerte se repiten incesantemente. Como plantea Nietzsche en uno de sus Fragmentos Póstumos: “Poder soportar nuestra inmortalidad - esto sería lo máximo”²⁷.

En suma, el experimento del Eterno Retorno representa una ficción más en la larga historia de las fabulas que la cultura occidental ha construido. Por lo tanto, no sería legítimo abordar este pensamiento desde los criterios característicos de una analítica filosófica que busca definir lo verdadero. En este punto, y para concluir, considero pertinente regresar a un argumento central de la *Segunda Consideración Intempestiva*. En dicha obra, el perjuicio y la utilidad de la historia, no son resueltos por Nietzsche dentro de una economía de la verdad, sino en relación con un servicio que se presta a la vida. Por este motivo, la historiografía monumental, anticuaría o crítica pueden inscribirse tanto en un registro de utilidad como de perjuicio. Si observamos, entonces, esas tipologías podremos comprobar que la cuestión principal está en un modo de escribir la historia que tenga consecuencias vitales. El peligro reside en la conservación del presente, en la justificación de nuestra actualidad como un destino, en la naturalización de lo que somos hoy.

Así pues, puede concluirse que la escritura de la historia para Nietzsche es una forma de ficción que persigue la apertura del presente a otras posibilidades y horizontes, es decir, un gesto de fortaleza que intenta ser fiel al movimiento de diferenciación e intensificación de la vida. Este es el criterio que permite juzgar nuestro poder de inventar fabulas: su utilidad o su perjuicio para la vida. Nuestro querer imagina su eterno retorno como un modo de “cuidar de sí” y hacer posible la alegría de una existencia que no sueña con vengarse de sí misma.

²⁶ NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*, (III, De la visión y el enigma) p. 229.

²⁷ NIETZSCHE, Friedrich. *Fragmentos Póstumos* (1882-1885) Volumen III, (Otoño 1883, 20 [1]), Tecnos, Madrid, 2010 p. 403

En cualquier caso, cabría preguntarse finalmente si esta fábula, como forma del “cuidado de sí”, se corresponde o no con una apuesta por el ser animal, es decir, con una opción a favor de la existencia no histórica que la Segunda Intempestiva describe con un evidente tono melancólico. En dicho pasaje, además, Nietzsche señalaba de un modo muy ilustrativo que esta felicidad del animal se puede convertir en una prueba viviente de la razón que poseería el filósofo cínico. ¿Significa todo esto que hay una raíz cínica en la idea del eterno retorno?

En este punto, pienso que sería interesante contrastar las estrategias de la filosofía cínica, el epicureísmo y el estoicismo frente a la inquietud del tiempo efímero. Si el cínico fractura la idea del tiempo lineal en atención a la primacía de la simplicidad natural de los ciclos, el planteamiento epicúreo y estoico consiste en un fortalecimiento del yo ante las perturbaciones del pasado y del futuro.

Desde esta perspectiva, el desafío nietzscheano de pensar el eterno retorno estaría más cerca de la segunda alternativa que de una eventual restauración de la animalidad. Para luchar contra el resentimiento frente a la vida no correspondería retroceder hacia el mono, ni permanecer en la figura de lo humano, sino intensificar la capacidad simbólica y transformadora de algo que todavía no es el hombre.

Bibliografía

1. NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*. Trad. Sánchez Pascual. Alianza, Madrid, 2003.
2. _____ . *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*. Trad. G. Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
3. _____ . *La ciencia Jovial*. Trad. G. Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
4. _____ . *Sobre la utilidad y el perjuicio para la vida (segunda intempestiva)*. Trad. Germán Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.